

Fragmento de *donde*

Eduardo Lalo

Eduardo Lalo es escritor, fotógrafo, profesor y artista plástico. Nació en Cuba en 1960 pero creció en Puerto Rico, país donde vive actualmente. En 2013 ganó el premio Rómulo Gallegos por su novela *Simone* (2011), que narra la relación erótica entre un escritor puertorriqueño y una joven inmigrante china, sobre el trasfondo de un país devastado por el abandono. Su gran tema es la soledad de Puerto Rico en el cruce de los imperios y el vaciamiento de la memoria colectiva. Además de esta novela y *La inutilidad* (2014), su obra se compone principalmente de textos fragmentarios, experimentales, en los que fusiona, por un lado, el ensayo de registro poético con la narración, y por otro la escritura con el lenguaje visual. Ha publicado numerosos libros que combinan textos con imágenes: *La isla silente* (2002), *Los pies de San Juan* (2002), *donde* (2005), *Los países invisibles* (2008) y *El deseo del lápiz: castigo, urbanismo, escritura* (2010). En todos ellos –trabajos en general monocromos, de tono reposado– se percibe la voluntad de romper y denunciar tanto los estereotipos de la tropicalidad, como los del consumismo capitalista. Realizó numerosas exposiciones de su obra visual y dirigió dos medimétrajes que retoman la poética de sus trabajos literarios, *donde* y *La ciudad perdida*. Su publicación más reciente es *Necrópolis* (2014), serie de poemas y tintas. El texto que aquí presentamos forma parte del libro *donde* (es su capítulo inicial), próximo a publicarse por la editorial argentina Corregidor. Agradecemos a la editorial la gentileza de prestarnos este fragmento y las fotografías del autor que lo acompañan.



Fragmento de donde
Eduardo Lalo



“...a journey with a destination but without maps...” (entrevista a Martin Amis, *BBC World Service*).

Un mundo en el que nada pasa. Esta forma de la impotencia, de la inercia. Esta presencia de los años en la lejanía.

Aquí estamos, esperando lo que vayamos a ser cuando el tiempo pase. Sólo nos queda el tiempo y el consumo.

La esperanza de la compra. Esa *afirmación* de la vida entre las pocas que nos quedan. Recordar las fotos de centros comerciales vacíos, tomadas al amanecer o en los pocos días feriados del comercio. Lo obvio: el descubrimiento de un paisaje que nunca se observa porque ya está en nuestros ojos.

“El mayor fracaso es no tratar.” (entrevista a Rubén Blades, *People + Arts*)

La pretensión de hablar de los que me rodean y del lugar que nos contiene. El lastre de pensar todavía desde una “realidad” colectiva, un *todos*, una *gran familia*, sin haberse dado cuenta, entre otras cosas, de la vagancia que esto supone.

¿Por qué no pensar desde el cuerpo, desde su pequeñez solitaria, desde la única soledad posible, conociendo también que esto es una ilusión? Acaso así el fantasma sea más real o, por lo menos, menos manoseado.

El mayor fracaso es no fracasar.

Forma del texto y del libro en su totalidad: mirada panóptica.

Mirada plural consciente de la imposibilidad de su totalidad. El significado se produce no porque las palabras o las imágenes puedan producirlo, sino por la acumulación de sentidos precarios, de fragmentos, de afirmaciones cuya validez siempre puede ser negada y cuestionada. Mirar desde la irrealidad de la mirada; desde la pulsión del significante a asociarse con otros significantes. Y al final queda *eso* o *esto*, lo que es imposible de decir y, sin embargo, se *(des)dice*.

Este es el mundo en el que nada pasa, aunque mil testimonios prueben lo contrario. Nacen, crecen, mueren familias y gobiernos, etapas de la vida y de la historia, pero la posición de esta sociedad en las estructuras de simbolización permanece fundamentalmente intacta.

Somos el producto de un gesto lejano que nos ignora.

Por eso es por lo que podemos caminar por otras calles y hallarnos. Caminar, por ejemplo, por la franja de tierra de la isleta del South Beach, por esa consternación de cemento, y percatarnos que aquí yace el pasado y la opulencia que nunca tuvimos, el deseo que construyó una de las imágenes que no tenemos; los planos que tuvimos para construir nuestra caricatura. Miami, el San Juan de la tierra firme.

El mundo es enorme, pero nosotros somos idénticos a nuestras calles, a la forma de nuestras miniaturas, que para nosotros son casa, cultura, vida.

Los aeropuertos son la frontera del donde y a la vez el lugar que pierde progresivamente las particularidades geográficas e históricas de éste. Lugar del no-lugar. Donde indonde. El anuncio de las ciudades del futuro y la muestra de cómo las ciudades de hoy, se descivilizan. Sitio intermedio y brumoso, similar en su concepción espacial a las cárceles y los hospitales en los que las libertades quedan veladas, en paréntesis, entre comillas. Lugar policiaco. Sitio perteneciente a un otro mayúsculo. Intensificación del presente de urbanizaciones con barreras, vallas y guardia privada; tribales asociaciones de residentes, universo de ciudadanos descuidados. Ensayo general para la hipercolonización de las ciudades por los poderes del estado y del dinero, espacio para que nos vayamos acostumbrando a lo que nos espera.

Donde: estas calles que contienen otras calles y otros dondes. Donde que ya no es, que ya no será aquí, un vocablo del diccionario sino un concepto. Donde que es un “espacio” determinado por puntos de la geografía y de la mente, construido por la acción de la cultura y la inconsciencia de los hombres.

Pensar el *donde*, volverlo imagen, es comprobar que el donde no es solamente un lugar. Puede estar en cualquier parte, en cualquier otro donde; porque el donde no es un lugar sino un determinante de origen y una estructura de límites. Y los orígenes y las fronteras son veladuras y éstas esconden y afirman en el acto que esconde.

Donde de la historia, donde de lo visible y lo invisible, frontera, borde, material articulado de lo imposible de decir.

El malentendido. ¿Qué mal repta en lo entendido? ¡Qué causa de toda palabra, de toda ley, de toda declaración de amor, de todo texto! El hombre/la mujer son ya, en sí mismos, el mal de lo entendido. El gentilicio del donde que erige su defensa de sonido y simultáneamente su barrera de silencios, ¿qué dice que no dice o qué dice a la vez que dice su falsa pista?

Acaso los gentilicios no dicen y son apenas un uso común del lenguaje, lógico como es lógico el funcionamiento de los semáforos. ¿Pero qué queda atrás o antes? ¿Por qué se acalla toda explicación al decir puertorriqueño o dominicano o argentino? ¿Qué mal vive en lo entendido? ¡Qué profundas las fuentes de lo aparentemente simple e inofensivo! La superficialidad es imposible.

[...] puertorriqueño, nacido en La Habana en 1960...de padre asturiano hijo de asturianos pero nacido igualmente en La Habana (vivió allí en su primera residencia sólo seis meses), pero que nunca tuvo papeles de español, aunque vivió en un pueblo de Asturias veintiseis años, hasta la Guerra Civil...de madre cubana, hija de asturiano y cubana...con más de cuarenta años de vida en Puerto Rico, país al que regresó después de haberse podido quedar en otros...de pasaporte norteamericano aunque no es norteamericano... para él ningún documento ni ningún dato dice lo que el donde dice [...]

Lo repito: no pensar en un donde exclusivamente físico, porque el donde es otra cosa a la vez que es el donde físico. La incertidumbre, las áreas grises de la definición, son parte integral de la definición. ¿Donde o d-o-n-d-e? Incluir los guiones. Incluir el espacio entre los guiones

¿Cómo fotografiar los guiones de la imagen? ¿Cómo fotografiar el malentendido y su mal entendido? ¿Cómo fotografiar la mirada?

Mi trabajo consiste en usar lo que tengo y lo único que tengo es el donde.

Un hombre va siempre al mismo restaurante. En una ciudad sin cafés, se reúne con otro hombre en un local que no ha cambiado en décadas. En la fachada tiene vidrieras, luego de unas mesas con vista a la calle hay una barra, más atrás, una zona sin ventanas en que los comensales pueden fumar. En el fondo, en una esquina casi invisible, el baño de los hombres. La comida es mala pero se puede tragar.

El hombre viene todos los días. Con frecuencia hace aquí las tres comidas. Se reúne con sus amigos y conversa hasta que cierran. Nunca los lleva a su casa, aunque ésta queda muy cerca.

Éste es su donde. ¿Qué espesor tiene? ¿Qué dice este donde que sustituye al hogar? ¿Cuál es la soledad del primer hombre? ¿Del segundo?

El donde a veces es la historia que no se cuenta pero que corre por la mente en las noches. "Cities at night, I feel, contain men who cry in their sleep and then say Nothing. It's nothing. Just sad dreams." (Martin Amis, *The Information*)

El hombre es el que habla. Grueso, con una barba irregular, más o menos ebrio. La mujer es atractiva pero extraña: una cara bella, un trasero más bien corpulento, unas piernas extraordinariamente flacas. El hombre habla riendo, satisfecho con oírse y con lo que ha bebido. La mujer se oculta tras el humo de su cigarrillo. Cuando regreso del baño casi inencontrable del restaurante, nuestras miradas se cruzan. Pasará más de una vez, porque tendré que hacer el recorrido en dos o tres ocasiones. Al final, cuando cerraban, y el hombre que siempre come aquí y yo éramos casi los últimos en el local, la vi de espaldas caminar hacia la puerta y tuve la certeza de que me había estado mirando. La observé salir con su acompañante, que ahora no reía y parecía oscuro y frágil. Pensé en la penitencia.

La noche ha caído y son apenas las seis de un domingo. Es otoño y sí, existe el otoño en el trópico. La oscuridad parece haber sido demasiado súbita, como si la ciudad no estuviera preparada para ella. Corredores, ciclistas, automovilistas y peatones se apresuran. A lo lejos, en la orilla de la laguna de Miramar, los edificios están casi totalmente a oscuras, como si sus inquilinos no se hubieran percatado aún de que hay que encender la luz. Sobre la ciudad caen las emociones más pesadas.

Esta hora es una especie de faro de tiempo. Puedo recordar a partir de este momento todas las etapas de mi vida, desde la infancia hasta el presente. La caída de la noche en el día domingo: este momento de los momentos, este donde del donde.

La mujer de la heladería. Un niño pequeño, un hombre que no es el padre del muchacho. Interrumpe a los empleados, no espera su turno, permite que el niño se suba a las mesas ajenas, se mete en el medio, se hace la loca, habla con el hombre demasiado alto. Abarrota el lugar. Se va por fin. Comienza a valer la pena estar allí. Es mi compatriota.

Fragmento de donde
Eduardo Lalo

De pronto me doy cuenta de que la noche está demasiado oscura. Veo mal, a pesar del alumbrado, que parece esforzarse sin éxito. Aún dentro de la casa, la luz es precaria. Pienso, sin lógica aparente, que éste es el paso del tiempo; que éste es el tiempo que ha agotado las cosas.

Este texto, aún con sus imágenes y citas, a pesar de sus pasajes más o menos ensayísticos y sus poemas, es una novela. No una nueva forma de novela, sino simple y llanamente una novela. Lo increíble, lo inasible, lo supuesto, lo fragmentario, componen siempre una historia. Y esto es la ficción. La ficción que siempre traiciona las certezas.

La espera del texto. La espera de las palabras, las frases y las imágenes que vienen con sus propios pies. En el taller, con un vaso de agua, en la radio de onda corta suena bajo un programa musical de una emisora desconocida en árabe. Ésta es mi compañía, los sonidos que esperan ser voces del donde.